

Miéntas que las armas llamaban principalmente la atención de los hombres, admiraban las mujeres voluminosos y ligeros trofeos, compuestos de rebocillos de colores suaves y variados como los del arco iris; especies de mantillas hechas de plumas de aves, blancas y finas enaguas, vestidos de mil pliegues y rozagantes, pero sin mangas ni corpiño. ¿Cómo unas *salvajes*, unas *idólatras*, habían podido concebir y ejecutar tan graciosos adornos?

¡Y los collares, y las diademas de plumas de colibrí! ¡Y las canastillas, aquellas hermosas canastas de labor de colores tan hábilmente adecuadas, de un tejido tan fino, tan túpido, que podían contener agua sin dejar filtrar ni una sola gota!

Habriase podido contestar á las señoras de Barcelona que estos últimos objetos no eran de uso muy comun en el mismo país de donde venían. Eran la flor de la industria del nuevo mundo ofrecida á la reina de Castilla por la reina de Cibao, á la Flor de Granada por la Flor de Oro. Trabajados por manos de mujeres, contrastaban con los infinitos de aquellos *zemés* que de cada vez más invaden nuestros museos de los cuales acabarán por expulsar á las Musas, de aquellos horrosos y groseros ídolos en cuya presencia se llegará muy pronto á no atreverse á decir que Apolo y Minerva son dioses falsos.

Varios de aquellos ídolos, sin embargo, encontraban gracia delante de la multitud; pero, debe decirse que eran de oro, ó á lo ménos revestidos, cubiertos con planchas de dicho metal, entre otros aquellas grandes máscaras de que hemos hablado ya, y á las que una nariz, orejas y lengua de oro, daban para ciertas personas una apariencia de no sé qué divino.

Después de los dioses venían inmediatamente sus adoradores, seis hermosos indios, cuya desnudez desaparecía bajo la pintura y los ricos adornos con que iban engalanados. Los pobres daban lástima á todo el mundo con sus grandes ojos tristes. Observóse que á menudo, estrechados por la multitud cuyo delirio no sabían explicarse, se volvían instintivamente hacia un jinete que seguía inmediatamente después de ellos.

En la mirada que les daba aquel personaje, mejor que en las atenciones de que se le veía rodeado, ó en todo otro signo exterior, se reconocía al Almirante Cristóbal Colon, el héroe de la fiesta, aquel que, sin hacer derramar una sola gota de sangre, acababa de dar un mundo á España.

Con mayor ternura aún que admiración saludaba el pueblo en aquel conquistador pacífico á un hombre salido de sus filas y que en la cumbre de los honores representaba allí un papel tan digno como los más ricos y los más valientes nobles, quienes, por lo demás, participaban también de la alegría comun.

En cuanto á las mujeres de toda clase, desde la más vulgar que se levantaba de puntillas para ver al Hombre, hasta las más bellas damas inclinadas en los balcones relucientes con brocados de paño, de oro, de terciopelo sembrado de

aljófar y pedrerías, no había ni una sola que de los ojos, de los labios, de las manos no enviara su alma al elegido de Dios, al asociado de Isabel, al que había tenido la inspiración y el buen acierto supremo de conceder á su sexo una parte tan importante en su gloria.

En medio de estas y de muchísimas otras manifestaciones llegó Colon al palacio y muy luego al espléndido salón donde le esperaba la real pareja, rodeada de los más grandes dignatarios de las dos coronas y de la Iglesia. Llevados de un mismo impulso al verle Isabel y Fernando se habían levantado de sus tronos, pero ya Colon doblaba una rodilla delante de ellos, y se disponía á besarles las manos según la etiqueta, pero la Reina no lo permitió; aún antes de que hubiese podido tocar una rodilla en tierra, le designó ella un asiento cerca de sí, ordenándole que se cubriera como correspondía á su calidad. Ella misma no se sentó hasta después de haberse visto obedecida.

Tan pronto como se hubo recobrado de la emoción consiguiente á semejante acogida, comenzó una relación detallada de su expedición. Los dos reyes no podían cansarse de oírle, ora respondiera á sus preguntas dándole noticias acerca de los recursos del nuevo mundo y de las muestras que de él les iba presentando, ora, cediendo á la inspiración, expusiera los grandes resultados venideros de su descubrimiento para la gloria de Dios, la felicidad y santificación de la humanidad.

Terminó esta larga exposición por uno de estos cuadros, expresión del más sublime candor, y fué tan grande la impresión que causó en el rey, la reina, la corte y el pueblo, que todos cayeron de rodillas á un mismo tiempo y derramando lágrimas de alegría, entonaron un *Te-Deum*, que toda la ciudad repitió muy luego después de ellos.

Esta noble escena que, según el bueno y santo obispo de Chiapa que la presencié, hizo gustar á los asistentes una fruición anticipada de las delicias del paraíso; aquel *Te-Deum*, cantado por todo un pueblo de rodillas, era el canto del cisne de la caballería cristiana, la era del Dante cerrada por Cristóbal Colon. Dejád que se pase un corto tiempo, y ni uno ni otro de estos dos fraternales genios será ya comprendido, ni siquiera de los suyos. Beatriz, la musa cristiana, entreabre ya á la augusta Isabel la puerta del lugar de alivio, de luz y de paz. Pero Colon no se juntará en él al revelador del mundo invisible sino después de haber recorrido en la tierra, como él, todos los círculos del purgatorio y del infierno.

Y en esto se verá una vez más hasta qué punto están en cierto modo las reglas del arte calcadas en los caminos de la Providencia. Si algún día se encuentra un poeta, una lengua, circunstancias, un auditorio dignos de producir y comprender un poema sobre Cristóbal Colon, se encontrará su plan trazado enteramente en la vida que Dios le ha hecho con el mismo arte que hizo el mundo.

¡Qué grandeza y que continuacion en la idea! ¡qué orden en el camino de los hechos! ¡qué unidad en el carácter del héroe! ¡qué armonía en todo el conjunto, y qué variedad en los detalles! Finalmente, ¡qué arte, si me atrevo á expresarme así, en la disposicion de los contrastes!

Hemos admirado ya ese arte divino entre mil ocasiones en el regreso á Palos opuesto á la partida de la misma poblacion; debe asombrarnos mucho más aún ahora, en el triunfo de Colon, puesto frente á frente de su anterior condenacion por la junta de Salamanca; pero, instruidos por lo que antecede, nos preguntamos con qué inmerecida desgracia, con qué increíbles reveses de fortuna será muy pronto pagado un favor tan justo pero tan inaudito. Y en efecto, conforme á las leyes de la poética humana y divina, y á las condiciones de nuestra naturaleza decaida, no pudiendo subir más la fortuna de Colon, va á descender rápidamente.

Todavía durante algunos meses todo le saldrá bien al hombre del día: admirado, adorado de toda España, de toda Europa; cantado hasta por los moros, en Africa; saludado en todo el esplendor de su triunfo por los embajadores de aquel mismo senado de Génova que lo habia despreciado tanto; consultado, aconsejado, bendecido por la corte de Roma, única que á lo ménos no le abandonará nunca; se mostrará tan afable en la prosperidad como noble y decidido se le ha visto en la desgracia, y por su modestia encantará al cielo y á la tierra.

Continuamente llamado al lado de la Reina, la verá escuchar con avidez sus relaciones, entrar en sus proyectos, aprobar sus planes, apresurar su ejecucion y velar ella misma en todo.

En lugar de las tres carabelas y de unos cuantos hombres de mala voluntad arrancados tan difícilmente para su primera expedicion, tendrá bajo sus órdenes una escuadra de diez y siete buques, tripulada por setecientos hombres, entre soldados, marineros, colonos, nobles, artistas de todos oficios, y si no tiene más, se debe á que el mismo habrá fijado su número, porque se habrán podido contar por miles las personas de toda condicion que han pedido seguir su fortuna.

Finalmente, provisto de poderes ilimitados, llevándose consigo todos los elementos, todos los instrumentos de colonizacion que habrá podido imaginar su experiencia, junto esto á la maternal solicitud de su reina; provisto él mismo por esta de una servidumbre compuesta de treinta personas, de los cuales hay diez escuderos con espada, se hará á la vela desde Cádiz.

¿Qué añadiremos aquí para completar este capítulo? Su travesía será tan feliz como rápida; tomará puerto como lo habrá querido y dispuesto, no en el de Santo Domingo de donde habia partido, sino en las costas habitadas por los Caraibes antropófagos, objeto de sus más ardientes investigaciones, durante los últimos meses de su primera expedicion; y entónces..... entónces comenzará para él una



AJUSTE DEL CONVENIO PARA EL VIAJE DEL DESCUBRIMIENTO

658

série de contratiempos, desengaños, luchas, despues reveses, luégo desastres que no podría yo pasar en silencio, pero en los que se me dispensará que no insista. Privilegio es de los héroes cristianos que su gloria absorba poquito á poco con el tiempo, en la suavidad de su esplendor, lo que tendrían de vergonzoso para la humanidad las persecuciones que ellos sufrieron.